

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 22 DE NOVIEMBRE DE 1933

NÚMERO 47



## LUISITO

La mañana era espléndida; un aire saturado de espliego y de tomillo dilataba los pulmones; los pajaritos, escondidos entre las ramas de los árboles, dejaban oír sus alegres cantos; el río corría silencioso, casi oculto entre juncos y madreselvas, tropezando alguna vez con enormes piedras que obligaban á la tranquila corriente á detener su curso un momento para saltar después el inesperado obstáculo for-

Ayuntamiento de Madrid

mando pequeñas cascadas. Un niño de tez tostada por el sol, de grandes ojos expresivos y pelo rubio, que á lo sumo tendría ocho años, se entretenía, con una intrepidez impropia de su edad, en subir á la copa de un corpulento manzano para coger su hermoso fruto. Con los bolsillos repletos bajaba alegremente y depositaba las manzanas en una banasta. Cuando la tuvo llena, la arrastró hasta la orilla del río, se sentó al lado y empezó á tirarlas una á una, con toda su fuerza, riendo como un loco al ver cómo se escondían precipitadamente las enormes truchas que hacían célebre aquel río y que constituían la riqueza del pueblo.

Una viejecita que pasaba por allí se acercó á él, y con voz muy dulce le dijo:

—Niño, no hagas eso; ¿no comprendes que ahuyentas las truchas y perjudicas á los pescadores?

El chiquillo la miró burlonamente sin interrumpir su juego. La viejecita, que sin duda sería de muy lejos, estaba cansada y se sentó á pocos pasos del pequeño, fijando en él sus ojillos grises. Pasaron un buen rato en silencio, el niño tirando manzanas y la vieja proyectando algo muy de su gusto, porque se frotaba una con otra sus descarnadas manos y se sonreía haciendo un gesto terriblemente feo. Con mucha dificultad, apoyándose en su bastón, se levantó y, acercándose de nuevo al niño, le dijo cariñosamente:

—Luisito, ¿quieres darme un poquito de agua en tu cubo, que estoy muerta de sed?

El chico abrió desmesuradamente los ojos, y preguntó á su vez:

—¿Por qué sabe usted cómo me llamo yo?

—Porque conozco á todos los niños del país; sé lo bueno y lo malo que hacen, y los castigo ó los premio, según se conducen.

—Bueno, pues déjeme usted tranquilo y beba agua en ese cubo—dijo señalando un cubito de juguete que tenía á su lado,—que yo no quiero dársela.

—Piensa bien lo que haces, hijo mío—insistió la viejecita,—que Dios manda ser caritativo; anda, sólo te pido un poco de agua, dámela.

Luis, que tenía mal genio y le había contrariado la presencia de aquella mujer tan fea y tan extravagante, se levantó, y con una rapidez vertiginosa, empezó á tirarlas las manzanas que quedaban en el cesto, con tan admirable puntería, que ni una sola dejó de dar en la cabeza ó en la espalda de la pobre vieja, que corría cuanto le era posible para librarse de aquella lluvia de manzanas. Una vez fuera del alcance de

los proyectiles, se detuvo, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones, dijo:

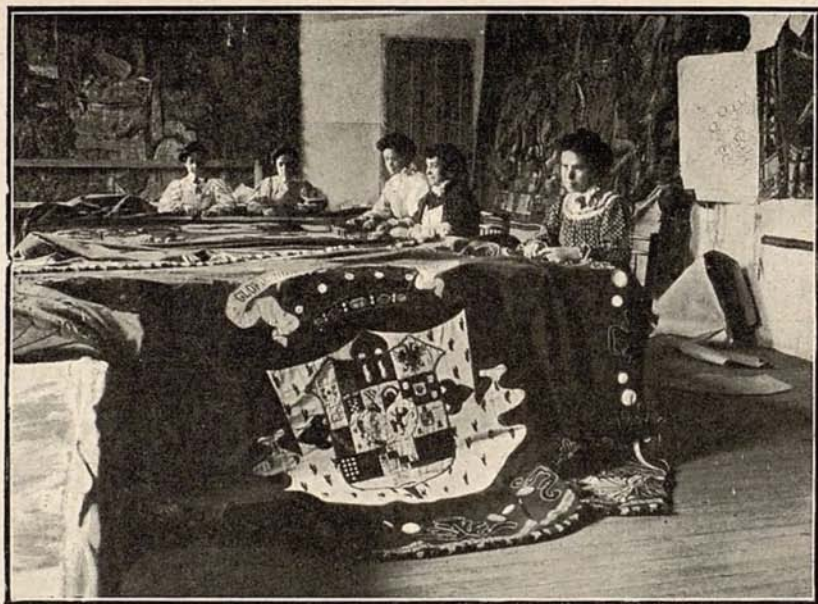
—¡Luisito, mira el tonel que tienes detrás; hasta que lo llenes de agua no te moverás de ahí!

Y desapareció.

Luis se volvió y vió con gran asombro que su cubito se había convertido en un tonel inmenso. Quiso marcharse y no pudo dar un paso, lloró desesperadamente y por fin se decidió á cumplir la orden de la hechicera; pero tropezó con una dificultad: que no tenía con qué llevar el agua del río al tonel.

*Concluirá.*





## LOS TAPICES

Es opinión muy admitida que fué en la India donde comenzaron á hacerse tapices, y que las mujeres imitaran las flores, los pájaros, las plantas que veían en sus jardines con sedas, lanas de colores brillantes, oro y plata, fundiéndolo todo y adornándolo con dibujos y figuras sin contornos precisos y sujetos á las severas líneas geométricas.

Los persas dicen que fué su rey Thamuraz quien enseñó á su pueblo el arte del tapiz; los hebreos atribuyen su invención á Noema, hija de Noé; Ovidio cuenta en *Las Metamorfosis* que, habiendo Araguis adquirido gran renombre en las ciudades de la Lidia con esa industria, se atrevió á desafiar á la diosa Palas á que ésta no tejía mejor que ella, y fué convertida en araña en castigo de su presunción.

Lo cierto es que en Babilonia había tapices en los palacios y en las moradas de los ricos, y que Plinio habla de que en Roma se vendieron algunas de estas telas, en los últimos tiempos de la República, á un precio equivalente á 160.000 pesetas de nuestra moneda; y que más tarde, en el reinado de Nerón, las compró éste por 400.000 pesetas.

También los griegos usaron los tapices para el adorno de sus casas.

Fué lugar preeminentísimo en la Edad Media para la fabricación de tapices la villa de Avras, en la antigua Flandes, y sus obras se conocieron en España con el nombre de paños Ras, y en Italia los llamaron Arazzi. Otras varias ciudades flamencas se dedicaron á la industria del tapiz; más tarde pasó á Francia, que tuvo sus nombradas

fábricas de Gobelinos y Aubusson, y á España, en donde se acreditaron las de Santa Bárbara y Santa Isabel, que fundaron y dirigieron artifices flamencos, á los que nuestros Reyes colmaron de consideraciones, privilegios y subsidios.

Los más famosos pintores han colaborado al mayor esplendor de esta industria artística, haciendo los cartones ó modelos que luego los tapiceros copiaban con lanas de los más diversos colores, y así Van der Weyden, Manunling, Rafael, Rubens, Durero, Julio Romano, Watteau, Boncher, Grenza y nuestro Goya han pintado cuadros cuyas reproducciones en tela andan dispersas por todo el mundo:

Para ser justos, hay que hacer constar que esta colaboración de los pintores en la tapicería ha desnaturalizado no poco el carácter meramente decorativo que le es propio y peculiar, obligándole á adaptarse á las condiciones del cuadro; y como es imposible hacer con la lana lo que con los pinceles y colores se expresa, dicho se está que suele ocurrir con la interpretación de algunos cartones de pintores célebres, que en clase de obras pictóricas son deficientes, y si se consideran como tapices, no pueden satisfacer.

Para hacerlos se utilizan los sistemas de telares: los de alto y los de bajo *lizo*.

Estos últimos están situados más bajos que la obra que se quiere copiar. El obrero se coloca delante del telar y pone detrás de éste el cartón que va á reproducir, resultando que con la trama ó *pie* del tapiz—que puede ser de seda ó de lana, según la riqueza de la obra que está ejecutando—cubre en absoluto el original, siéndole preciso separar con los dedos los hilos de la urdimbre para poder ver el modelo. Los tapices se hacen por el revés (puesto que por detrás es donde se sujetan los estambres), siguiendo el dibujo calcado previamente. En el telar de bajo lizo, la cara ó anverso del tapiz que se está haciendo queda por completo frente al original copiado, por lo que el dibujo resulta invertido.

En el telar de alto lizo, el lizo ó rodillo está alto y el tejedor se pone entre el telar y la pintura que copia, teniendo á la izquierda los hilos perpendiculares del telar, sobre sí el rodillo del lizo y á la derecha el original que traslada al tapiz; nada le oculta el modelo, y como va tejiendo por detrás resulta el reverso de aquél frente al cuadro que se está reproduciendo y, por lo tanto, en el mismo sentido del original.

El procedimiento más difícil es el de bajo lizo, pues ofrece el inconveniente de invertir el dibujo que se copia.

La casa Real tiene una magnífica colección de tapices procedentes de reinados anteriores, pues al hacerse el inventario de bienes del Rey D. Carlos II se contaron 600 paños, todos magníficos, de las más renombradas fábricas, y á la muerte de Carlos III pasaban de 1.000, entre antiguos y modernos, los que estaban guardados ó cubriendo las paredes de los Palacios de Madrid y Sitios Reales

JUAN ANTÓN.



## LAS BONDADES DE NINI

II

Ay, sí! se abrió la puerta y apareció mamá, que me echó una mirada terrible; ¡debía estar muy enfadada!

Lo primero que hizo fué levantar al abuelito del suelo y colocarle en un sillón; luego le dió una medicina. Yo me metí en un rincón, pero no por nada, porque á mí me parece que el que yo quisiera divertirme y divertir al abuelo no es nada malo. Y yo no le dije que tuviera fatiga; le hice caballo para distraerle, porque el pobrecito se aburría como yo. Y á mí no se me ocurre nunca hacer travesuras como á otras niñas.

Pero no me vale. Aquel día, en cuanto al abuelito se le pasó la fatiga, me cogió mamá y me dijo:

—Hoy te quedarás sin postre, porque eso de hacer que el abuelo, tan respetable, con su cabecita blanca, se eche en el suelo para divertir al mono de la casa, es una falta de respeto que merece castigo.

¡Y de verdad me dejó sin queso y sin pastelillos! Es una injusticia, sí, señor, porque yo quiero mucho al abuelo, y no soy capaz de hacerle daño, y el hacerle caballo no es daño.

Luego se lo pregunté:

—Abuelito, ¿estás enfadado porque he bailado encima de tí?

—¡No, bebé mío!—me dijo.

—¿Verdad que no es malo divertirse?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué me ha dejado mamá sin postre?

—¡Injusticias humanas!—contestó el abuelín sonriéndome.

—¿Cómo contentaría á mamá?—le pregunté.

—Pues mira, procura ayudarla; las niñas deben ayudar á sus mamás,

porque además de que eso es muy bueno, las niñas se acostumbran á hacerse unas mujercitas hacendosas... y económicas...

—¿Y se contentará así?

—¡Naturalmente!

Estuve pensando un rato muy grande en eso, y no se me ocurría nada. Estaba decidida á obedecer al abuelito y á ayudar á mamá para contentarla y que no me dejase más sin pastelillos.

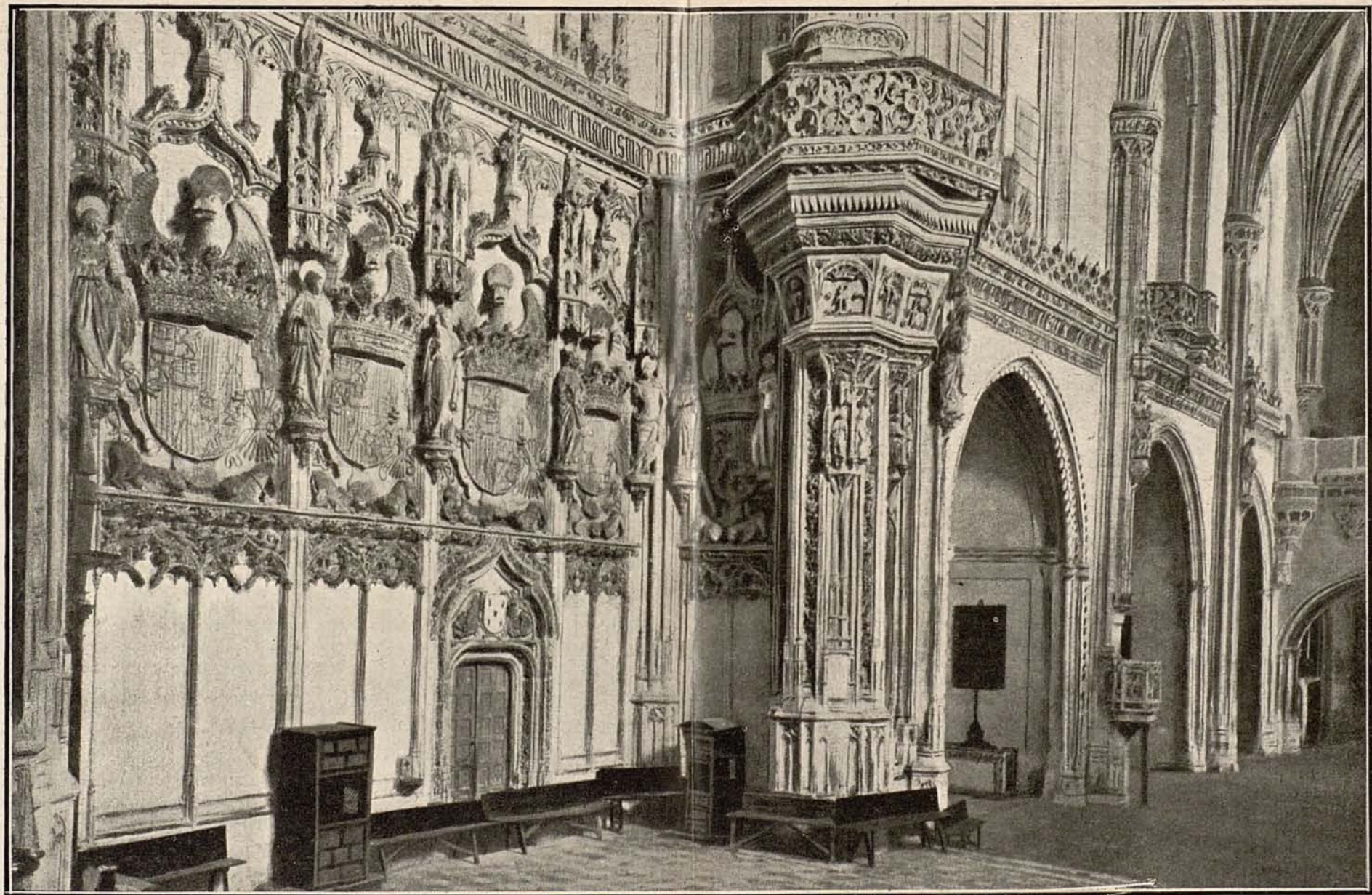
¿Qué ayuda podré hacer? ¡Ah...! Se me ocurrió de pronto. Aquel día era día de plancha, la doncella estaba planchando toda la ropa, pero se había ido á la calle á preguntar por un señor amigo de papá que quería morir.

¡Buena ocasión para lucirme y que vea mamá que no soy como otras niñas, que sólo piensan en jugar! Yo soy muchísimo mejor, y se me ocurren cosas más formales. Mientras está la doncella en la calle, yo puedo planchar muchas cosas y darle una sorpresa á ella y á mamá. Un poco de miedo me daba, porque ya sé yo que las planchas queman; cuando yo *era pequeña* me quemé un dedo y me dolió mucho. Así es que me fuí al cuarto de plancha, y pensaba: «¿Con qué agarraré la plancha que no me haga daño? El agarrador ¡es tan pequeño!»

Puse encima de la mesa de planchar un trajecito mío que tenía muchos encajes, y me decidí á plancharlo para demostrar á mamá que yo solita me basto. Como no veía por allí nada á propósito para agarrar la plancha sin quemarme, me fuí al ropero de mamá, cogí lo primero que encontré, volví corriendo al cuarto de planchas, agarré una... la puse encima de mi vestido, y...

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





### INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN JUAN DE LOS REYES, EN TOLEDO

El interior de la iglesia de San Juan de los Reyes, cuya vista figura en esta página, es una sola nave de unos 200 pies de longitud, con cuatro bóvedas hasta llegar al crucero, que apoyan sus arcos sobre pilares. Un ancho

friso lleva en caracteres góticos una inscripción relativa á la fundación por los Reyes Católicos. El estilo gótico florido de este templo llama poderosamente la atención por el primor de las labores que decoran sus arcos.



## DOS PAJAROS... DE CUENTA

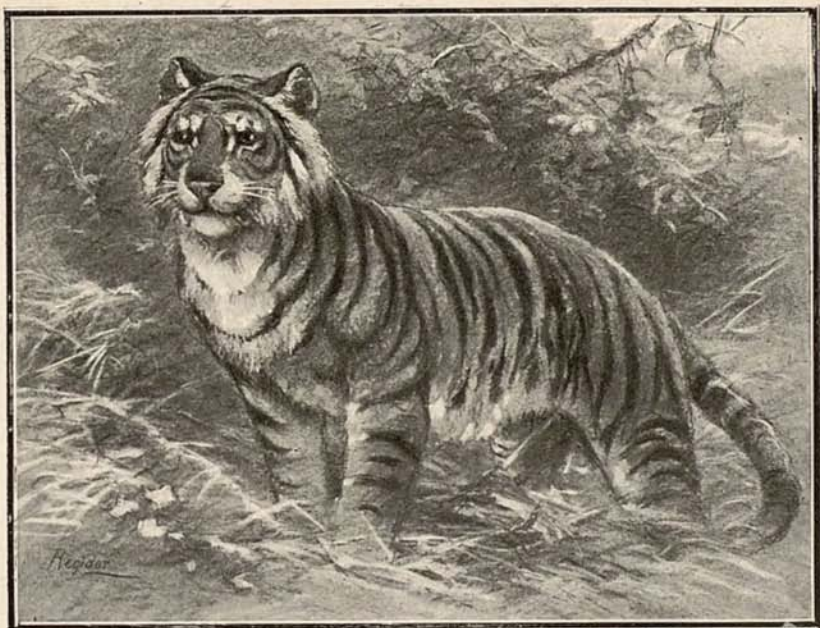
Perico Pérez, *el Chato*,  
y Roque Díaz, *el Patas*,  
mucho más que por el nombre  
conocidos por el *alias*,  
eran dos chicos del pueblo  
de Villarreal de las Matas  
que no siendo por la escuela  
por todas partes andaban,  
y se lanzaban al campo  
donde con liga cazaban  
pajarillos inocentes  
que encerraban en sus jaulas.  
Un día un tío de Roque,  
que sus servicios prestaba  
de guarda jurado en una  
finca, vedado de caza,  
al ver á los dos chicuelos  
poniendo sus artimañas  
para cazar pajarillos  
les dió una broma pesada.

—Alto—les gritó apuntándolos;—  
quedáis presos, buenos maulas,  
por cazadores furtivos.

—Tío, por Dios, ¿no repara  
—dijo Roque—que nosotros  
no le matamos la caza?

—Eso; los cogemos vivos—  
añadió su camarada.

—Pues así os cojo á vosotros,  
vivos también, ¡y á la jaula!  
Y los ató y los condujo  
á la cárcel, y encerradas  
tuvo á las dos criaturas  
lo menos diez horas largas.  
Y los chicos aprendieron,  
por esta experiencia amarga,  
lo triste que es una vida  
si la libertad le falta,  
y no cogieron más pájaros  
para encerrarlos en jaulas.



## EL TIGRE

El suelo está cubierto de altas hierbas, espesos matorrales y recias palmas. De entre la brava maleza surgen los milenarios troncos de los árboles, corcovados unos y erguidos otros como lanzas, y por cielo no se ve el espacio azul y radiante ni las apelotonadas y tristes nubes, sino la verde maraña que, al cruzarse, forman las tupidas frondas. Tal es la selva virgen. El piar de los innumerables pajarillos que pueblan las ramas se concierta de modo admirable y divino con el sonar de la ligera brisa que solivianta las hojuelas; pero, contrastando con esta celestial melodía, oýense rugir las fieras y silbar las serpientes.

El tigre sale de su guarida y se despereza como para despertar sus poderosos músculos. Su cabeza es pequeña, sus ojos grandes y de intenso mirar, cortas sus patas y acabadas en fuertes garras, y largo su robusto cuello. Pero lo más hermoso de todo él es la magnífica piel con que cubre su cuerpo. Sobre su fondo leonado se tienden transversalmente unas listas negras mezcladas al acaso con manchas del mismo color, todo lo cual forman la más vistosa piel que pueden contemplar ojos humanos.

El tigre ruge y se pone en marcha. Va de caza á un arroyo cercano donde las pobres bestias de la selva acuden á saciar su sed, y mientras camina, piensa en todas sus perfecciones, en su hermosura, en su indomable fuerza y en su temerario valor.

—¿Quién como yo?—dice para sus adentros.—La selva es mía y en

toda ella yo soy el señor y el rey. Que venga el antilope con sus ligeras patas, y yo le detendré en su carrera; que acuda el búfalo con su pujante acometer, y yo sabré hurtar el cuerpo y saltar sobre su nuca; que se presente la serpiente, y de un zarpazo la partiré en dos; que se acerque el león á disputarme la presa, y le haré frente; que llegue el hombre, y me regodearé con su carne... ¡Oh, hermosa piel mía...! ¿Quién tuvo ni tendrá nunca la jactancia de pisotearte...?

En esto llega á las inmediaciones del arroyo y se agazapa traidoramente entre unas altísimas hierbas. A través de unos bravos cañaverales, vense correr las verdinegras aguas; pero ni siquiera un cervatillo está bebiendo en ellas. El tigre tiene hambre. Su boca se abre enorme en un bostezo, sus ojos fosforescentes de rabia y sus grandes narices



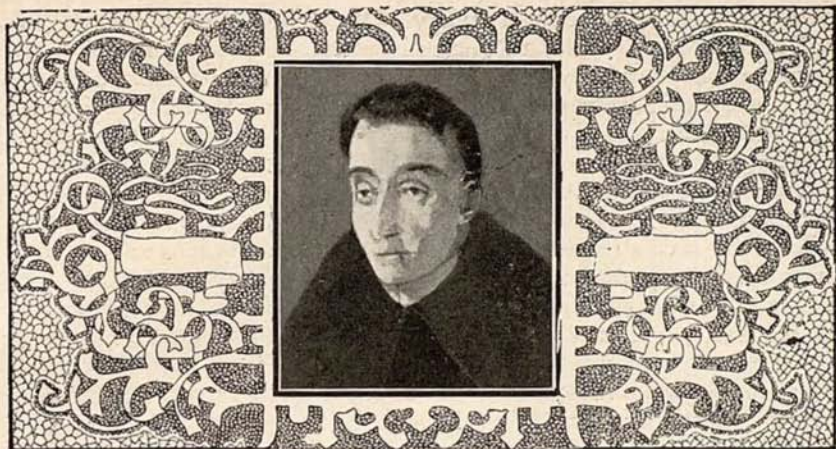
sorben con avidez el viento... Cuando ya desespera de husmear víctima alguna, viénele el sabroso perfume de la carne humana.

—¡Un hombre!—piensa gozoso.—Que acuda á la lucha el rey de la creación...

Y el rey de la creación, que está frente á él oculto en la fronda de de un árbol esperándole al acecho desde el amanecer, acude, dispara su carabina y el orgulloso tigre da un salto, ruge dolorosamente, se retuerce y muere...

Y aquella piel magnífica que ninguna fiera pisoteó, viene, por no sé qué caminos, á ser pisoteada por Manolín, que, tendido perezosamente en ella, se entretiene en alinear sus soldaditos de plomo y en armar con ellos tremendas luchas, en las que los combatientes caen á docenas, merced á los furibundos pelotazos que les asesta el rapaz... ¡Cuántas cosas se ven en la vida como esta piel, que ayer fué manto del rey de la selva y hoy es asiento de un muchacho...!

José A. LUENGO.



ESPAÑOLES ILUSTRES

## P. MTRO. ENRIQUE FLOREZ

El inmortal autor de la *España Sagrada* nació en Villadiego (Burgos) el 21 de Julio de 1702, de padres muy señalados y distinguidos en calidad y nobleza. Siendo niño pasó algunos años en casa del duque de Veragua, el cual admiró mucho sus manifestaciones de talento y agudeza. En su pueblo natal empezó los primeros estudios de Gramática, que perfeccionó en Barco de Avila estando su padre de corregidor, y después siguió su educación en Piedrahíta con los Dominicos, donde hizo propósito de ingresar en una Orden religiosa, con gran disgusto y oposición de su familia.

En 1717 pasó a Salamanca, acompañado de su hermano el carmelita Fr. Antonio de San Agustín, á pedir se le admitiera en el convento que los Mínimos tenían en aquella ciudad, lo que no consiguió inmediatamente. En uno de aquellos días que había de esperar, visitó á los Agustinos, y entonces admiró de cerca la Orden, en la que entró el 5 de Enero de 1718, teniendo diez y seis años no cumplidos, profesando el 6 del mismo mes del año siguiente.

Estudió artes en Valladolid, y en la casa de su religión en Salamanca Teología, con tanto aprovechamiento que era el más adelantado entre 40 estudiantes que había, por lo que mereció poco después ser nombrado actuante primero, cargo que le dió tiempo para estudiar la discutida obra de *Virtutibus infidelium*, del P. Manso, por entonces muy en boga, y que por orden de sus superiores se expuso y enseñó en las principales Universidades de España, siendo el P. Flórez uno de los designados para este efecto, quien tuvo el primer acto público de esta clase en Valladolid el 1.º de Febrero de 1721.

El año 25 de su siglo vino al colegio de doña María de Aragón, en la actualidad palacio del Senado, á hacer oposición á las lecturas

de artes de su Orden, y después de unos brillantes ejercicios le eligieron rector de Madrigal; el 7 de Agosto cantó misa en el célebre convento de San Felipe el Real, siendo su padrino el duque de Veragua, y en este mismo año se graduó de bachiller, licenciado y doctor por la Universidad de Avila, y de doctor en la de Alcalá el año 1729, en cuya ciudad vivió más de veinticinco, en medio de aquella muchedumbre de sabios que de tanta gloria han llenado los anales de la historia patria.

Comenzó su primera obra teniendo veintiocho años, que es un compendio de Teología en cinco tomos, que se publicó durante los años 1732 á 1738; una vez terminada, empezó á dedicarse á la Historia, que era por la que sentía mayor afición, escribiendo la *Glave historial*, admirable resumen cronológico de los Papas, Concilios, santos, herejes y escritores que ha habido en cada siglo; después hizo propósito de hacer una *Geografía eclesiástica de España*, que por consejo de su amigo D. Juan Iriarte suspendió para emprender la que le ha immortalizado, la *España Sagrada*, cuyos 29 tomos publicó del año 1747 al 1775.

Mientras iba dándose al público la última obra, escribió entre otras: *Mapa de todos los sitios de batallas que tuvieron los romanos en España; Elogios del santo rey D. Fernando, Medallas de las colonias, Municipios y pueblos antiguos de España y Memorias de las Reinas católicas*, todas ellas dignas de conocimiento.

A fin de que tuviera más á mano los materiales que necesitaba para continuar la *España Sagrada*, en 1750 le trasladaron á Madrid, donde hizo estudios sobre Historia Natural, y formó el más notable gabinete y la más rica colección que había en España, la cual podía competir con las del extranjero. Sobre esta rama de la ciencia escribió un folleto titulado *Utilidad de la Historia Natural*, teniendo en cuenta que en España—como él dice—*hay mayor necesidad, por ser menor el estudio y solicitud de esta materia*, y á él se debe que se adquiriera el Museo que poseía en París D. Pedro Franco Dávila y la fundación de nuestro gabinete de Historia Natural.

Este hombre, que es una de las más legítimas glorias de la nación, era pequeño de cuerpo, aunque de estatura regular; delgado en todo, pero proporcionado y perfecto; de color blanco, rostro menudo, con nariz aguileña y frente espaciosa, el aspecto grave y modesto, ojos castaños, cejas grandes y arqueadas y cabello negro.

Reunió á una erudición vastísima y á un saber en su tiempo sin igual, la mayor austeridad y el más grande desinterés á las cosas del mundo, gustando más del retiro, la soledad y el silencio que de la vida alterada y cortesana, como demostró en su obra piadosa *Libro de los libros, ciencia de los santos*.

El P. Flórez, uno de los más ilustres hijos de Castilla, murió el 5 de Mayo de 1773, después de haber dejado á su país el caudal de sus investigaciones en las obras de que hemos hecho mención.

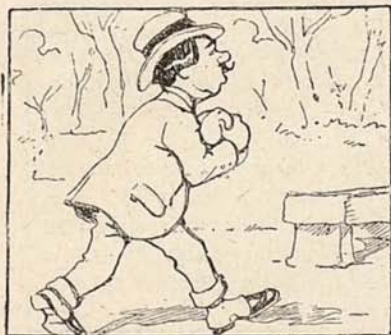
FENRIQUE PACHECO DE LEYVA.



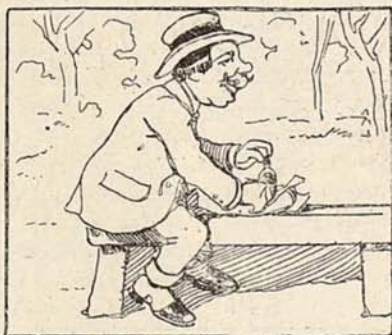
Hoy está el día soberbio, y voy á darme un festín en el campo.



Lo que es el aire libre; ya empiezo á sentir un apetito atroz.



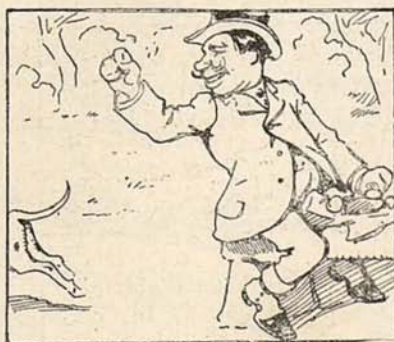
Aquí hay un banco que ni hecho de encargo para merendar.



Ajá, ahora voy á comer lo mismo que un príncipe.



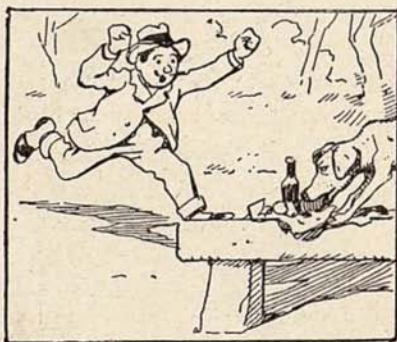
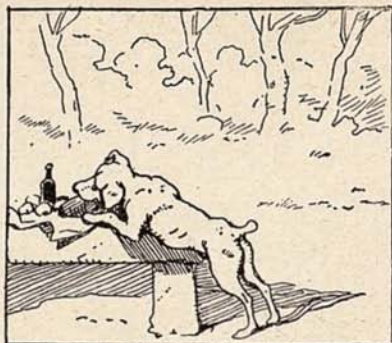
¡Hombre, un perrito! Y si me distraigo puede que meta el hocico.



¡Chucho! Pues no faltaba más que tener tal convidado.



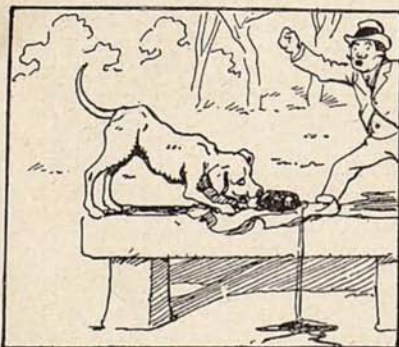
Yo te haré ir tan lejos que no puedas volver.



¡Cielos, otro perrito comiéndose mi merienda!



No, pues como te pille, vas á pagar por los dos.



¡Ahora es el otro el que ha vuelto y se atraca!



¡Adiós mi merienda, no han dejado ni una miga!